

La casa franca de Santillán

[Provincia](#) MITOS Y LEYENDAS DE SALAMANCA

Escrito por: Raúl Martín

Domingo, 27 de Octubre de 2013 08:11



► Vista general de Casafranca

SALAMANCA24HORAS rescata del olvido nuevos relatos sobre los mitos, leyendas e historias prodigiosas de la tradición salmantina

La etimología de los pueblos abarca mucho más allá de unas simples letras. Su nombre esconde en ocasiones un singular origen que se ha ido transmitiendo de forma oral de generación en generación. Hechos del día a día que fueron adquiriendo un poderoso halo de magnificencia. Ahora, campos y piedras que fueron testigos de estos hechos luchan por sobrevivir a las garras del olvido. Es el caso de Casafranca, un pequeño municipio entre Guijuelo y Béjar, en la zona de Entresierras.

Cuenta la leyenda que en la Edad Media había un pueblo, de nombre Santillán, al amparo de Salvatierra de Tormes. Próspera villa que aprovechaba la Vía de la Plata y la Cañada Real para establecer fuertes lazos comerciales. La presencia de numerosos manantiales acrecentó su posición estratégica, a modo de abrevadero para los animales y fuente para saciar la sed de peregrinos y transeúntes. Tierra de asilo, aprovechaba también la presencia de numerosos soldados por la cercanía de la frontera entre reinos.

Tal era la magnitud de las mercancías que pasaban por Santillán que los lugareños decidieron construir un gran almacén a un cuarto de legua para guardar aperos de labranza y provisiones. La casa franca la llamaban, pues nunca se cerraba con llave.

Tampoco registró robo alguno. Era paraje de abundancia y, por tanto, al encontrarse todos sus habitantes servidos de las primeras necesidades no tenían la tentación de apropiarse de lo ajeno.

Pero un día se declaró un devastador incendio en el principal granero de la villa. El cielo se tiñó de furia y el tiznado aire nubló el futuro de los lugareños. Las garras de Vulcano fueron arañando cada una de las viviendas. La singular estructura de madera contribuyó a extender rápidamente las llamas y ni siquiera la colaboración de todos los presentes en acercar el agua de las fuentes pudo apaciguar las enormes lenguas de fuego. Largas cadenas se establecieron. Los cubos iban repletos de agua de mano en mano, cual falsa moneda. Pero nada. No había remedio. El incendio avanzaba dejando sólo destrucción a su paso, calcinando las ilusiones del floreciente Santillán.

Exhaustos y derrumbados, los vecinos decidieron abandonar el pueblo. ¡Vayamos a la casa franca!, gritaron algunos. ¡Allí estaremos seguros y tenemos víveres para sobrevivir!, añadieron otros. Y así lo hicieron. Raudos, lugareños y forasteros salvaron de las llamas todo aquello que pudieron para escapar hacia el almacén que un día construyeran. Fueron muchas las pertenencias que sucumbieron al incendio. Muchos los recuerdos tiznados. Muchas las ilusiones ahumadas. Instalados ya en la casa franca, los lugareños veían a lo lejos cómo los últimos rescoldos del incendio dejaban paso a una descomunal humareda. Y con ellos se evaporaba el futuro de una próspera villa. Las fuentes que no pudieron aplacar la virulencia del fuego manaban ahora por los melancólicos ojos de quienes vieron truncada su vida de la noche a la mañana.

Extinguido el incendio, los vecinos de Santillán regresaron a lo que fueran sus casas, en busca de la esperanza. Pero el negro que imperaba en la villa no dejaba asomarse ni siquiera una pizca de verde optimismo. Pero podían renacer de las cenizas, cual ave fénix. Una opción era reconstruir el pueblo, pero consideraron más factible y económico empezar de cero. Así, a partir del almacén de aperos de labranza y provisiones se levantó lo que hoy es el pueblo de Casafranca, en recuerdo de aquel refugio que permitió a los vecinos de Santillán empezar una nueva vida. Desde entonces, a los lugareños también se les conoce con el topónimo de 'chamuscaos'.